

**T.S. Eliot, *La Tierra Baldía, Prufrock*, edición y traducción de Andre Jeume, Ediciones Lumen, Chile 2015, 149 pp., ISBN: 978-986-8856-22-9**

Cada cierto tiempo es saludable regresar a *La Tierra Baldía* de T.S. Eliot. Ya sea que veamos en ella una especie de “radiografía” poética del estado actual de nuestra cultura (no muy distinta a la de los años veinte del siglo XX) o un indicador de lo difícil que es participar del amor pleno, lo que aparece en este poema –ya clásico– nos interpela como objeto estético-poético y no nos deja indiferentes.

Esta nueva y cuidada traducción de *La Tierra Baldía*, de reciente aparición, nos permite volver a considerar y reflexionar sobre lo expresado más arriba.

Sin embargo, no es nuestra intención aquí reseñar completamente la edición que comentamos, sino detenernos en algunos elementos medievales presentes en esta obra y ver cómo se articulan dentro del poema. Como sea, *La Tierra Baldía* entrega una poderosa visión poética en la cual los tópicos medievales están presentes *de manera constitutiva* en el poema. En efecto, la cuestión de la tierra yerma es un tema que se afianza ya en la literatura medieval, sea en el *Cuento del Grial*, de Chrétien de Troyes (circa año 1180), o, por ejemplo, en los romances españoles como *El Reino Perdido*. Es una tierra que se ha vuelto estéril principalmente por causa nuestra. Lo que Chrétien de Troyes concretamente quiere es, al decir de Carlos Alvar, reproducir con una técnica literaria depurada las alteraciones del espíritu humano. En este sentido, se podría señalar que de Troyes está en consonancia con lo afirmado por Aristóteles en *La Poética*, esto es, que la poesía (y, por extensión, la literatura) es más filosófica que la historia, puesto que esta última cuenta las cosas como sucedieron, pero la primera las cuenta cómo podrían ocurrir siempre.

Universal, entonces, es la historia de Perceval (o Parsifal), quien busca el Grial, esa copa que habría recibido la sangre de Cristo desde la cruz y que habría sido la misma que utilizó Jesús en la Última Cena; copa que buscan los caballeros del Rey Arturo y que recompondrían la cristiandad perdida. El Grial y la lanza con la cual Longino traspasó el costado del cuerpo de Cristo se esconden en el castillo del Rey Pescador, quien ha quedado lisiado desde la cintura para abajo en la guerra y, por tanto, estéril. Al no poder hacerse cargo de sus tierras, estas se han vuelto baldías.

Cuando Parsifal llega a la morada del Rey Pescador, ve una lanza que sangra constantemente en su punta y ve la copa que la acompaña. Pero, por causa de sus pecados –entre otros, haber abandonado a su madre–, no hace la pregunta necesaria: “¿Cuál es esa copa y de dónde proviene esa lanza?”. De haberla hecho, el Rey Pescador habría sabido que en su casa estaba el Grial y la Lanza de Longino. Es decir, habría sabido que Cristo moraba en su casa. Entonces, el Rey Pescador se habría curado de su esterilidad y las tierras habrían dejado de estar resacas y sin vida. Pero nada de eso sucede y Perceval debe cargar con ello, tal como carga con la muerte de su madre.

En la composición de *La Tierra Baldía*, aparece este tópico, primero simplemente como una atmósfera. De hecho, por las notas que Eliot puso a su poema, sabemos que el Rey Pescador ronda desde la primera parte, aunque sin aparecer propiamente en ella. En efecto, al comienzo de las notas, Eliot agradece haberse topado con el libro de J. Weston, *From Ritual to Romance*, que narra la historia del Grial.

Luego, van apareciendo paulatinamente en escena en el poema de Eliot lugares secos, devastados, ciudades irreales, *un corredor de las ratas donde los hombres muertos perdieron sus huesos*. La devastación de Europa luego de la primera Guerra Mundial unida a cierta una decadencia social nos muestran el lugar en que aparece en *La Tierra Baldía* una especie de paráfrasis del capítulo del Rey Pescador en el *Cuento de Grial*. Y esto conforma una poderosa conjunción. Luego el rey deja de estar en el trasfondo y aparece propiamente en el poema de Eliot. Allí nos reconocemos, como habitando el desamparo, pero esperando. Asimismo, la composición a modo de *collage* ofrece una poderosa forma de identificar esta disgregación y alteraciones del espíritu de la época.

Ciertamente los antecedentes que Eliot ocupa en este poema pueden rastrearse desde muy diferentes lugares. Desde Grecia (con Tiresias), pasando por lo *Upanishads* hindúes o el Infierno de Dante. Pero es en la literatura del siglo XII donde Eliot parece encontrar una visión poética que ayuda a describir la naturaleza humana con sus luces y sus sombras. Leerlo en esta clave puede relevar aspectos fundamentales del poema.

**Emilio Morales de la Barrera**  
*Universidad Santo Tomás, Chile*